

igual satisfaccion y no menor gratitud presenciarnos el espectáculo de que un patricio de tan vivísimo talento, rica imaginacion y acrisolada originalidad como el señor don Ramon de Campoamor proclamase en el seno de la Academia Española que «el famoso entimema de Descartes *Pienso, luego soy*», está copiado de este silogismo de Gomez Pereira: *Lo que conoce es: yo conozco, luego soy* (1).

He llegado al término de mi propósito, que es trazar un bosquejo de la historia de la filosofía en España hasta nuestros días, comparada con la de los extranjeros; filosofía en que nuestros antepasados dieron muestras de su poderoso saber y de la riqueza de sus pensamientos, encaminados á dar paz y bien á las almas.

Jamas pudieron imaginar que la soberbia de los hombres aspirase á que cada progreso de la razon humana fuese la negacion de un dogma divino; en los pasajes que he trasladado se ha visto cómo el pensamiento español progresaba y adelantándose en mucho á los filósofos extranjeros, sin que en sus meditables sentencias se hallase nada contrario al cristianismo, sino ántes bien su propagacion más feliz y acertada.

El galardón que este trabajo merece, y que sentidamente y mucho deseo, es que sirva de estímulo para que algun eminente escritor, con juicio ménos engañable que el mio, y con más conocimiento de las obras de nuestros grandes filósofos, se anime á trazar una verdadera historia de ellos, empresa gloriosísima para nuestra patria.

No están dictadas por hipocresía ni por modestia estas palabras, sino por el desengaño y por el conocimiento propio. Escribo verdades, y entre las verdades ésta debiera ser la postrimera.

El amor patrio me ha obligado á vencer la persuasion de mi imposibilidad para trazar este bosquejo: sólo me alentó la memoria de lo que habia leído y el anhelo de que no se perdiesen con mi vida estas noticias.

Entregadas á los amantes de las ciencias españolas por medio de la imprenta, el ingenio, el criterio y la sabiduría de otros harán lo que no he podido dignamente hacer.

Sírvame esto de disculpa, si alguna cabe en tan atrevida empresa, donde la memoria, el sentimiento y el deseo han hablado, y hablado enérgicamente, y donde el criterio siempre se ha considerado muy débil para juzgar tan altas cosas y tan sublimes autores.

Cádiz, Abril de 1875.

ADOLFO DE CASTRO.

que con otros hombres eminentes de España. Ortigne, en su libro *La Musique à l'Eglise* (Paris, 1861), no menciona á español notable alguno; Menard, en el tratado *De la Sculpture antique et moderne* (2.ª edicion, Paris, 1866), no cita á ningun escultor de nuestra patria; Celler, en *Les origines de l'opera* (Paris, 1868), tampoco menciona, al tratar de las córtes de Luis XIII y XIV, la influencia que el drama lírico español pudo tener en ellas.

(1) El autor de *El personalismo, apuntes para una flo-*

sófia, de las *Polémicas* y de *Lo absoluto*, á más de algunos preciosísimos poemas, filosóficos también, decia en su discurso de recepcion en la Academia: «Y si el dón de invencion es dón de forma, como dice Quintana, no le bastó á Gomez Pereira la fortuna de ser el inventor del *Pienso, luego soy*; pues la posteridad ha declarado á Descartes poseedor de buena fe de su *evidentísimo plagio*; y si Gomez Pereira tuvo la fortuna de la invencion, no tuvo la fortuna de que se le hiciese justicia.

LUCIO ANNEO SÉNECA.

JUICIOS CRÍTICOS Y CITAS NOTABLES.

I. — DE M. FABIO QUINTILIANO.

(*Instituciones oratorias*, libro x, capítulo 1.)

De intento he dejado para lo último á Séneca, varón versado en todo género de elocuencia, por la falsa opinion que de mí corre respecto á que yo le repruebo y áun aborrezco; y esto me sucede en el instante en que trabajo para restituir á su severidad antigua el corrompido estilo, estragado con todos los vicios. Además de que, casi sólo éste ha andado en manos de los jóvenes, y no era seguramente mi propósito quitársele, sino que no podía sufrir que lo prefiriesen á otros mejores, á quienes él no habia cesado de desacreditar; porque conociendo la diferencia de su estilo, desconfiaba de poder dar gusto á quienes ellos agradaban. Amábanle, pues, más de lo que le imitaban, y tanto se apartaban de él, cuanto él se habia alejado de los antiguos; porque de otra suerte, deberían desear hacerse iguales, ó á lo ménos acercarse á aquel varón. Pero agradaba solamente por los vicios, y cada uno se dedicaba á imitar los que podia, y despues, jactándose de decir como Séneca, le infamaban.

Por otra parte, sus virtudes fueron muchas y grandes, su ingenio claro y magnífico, su estudio muchísimo, y grande el conocimiento que tuvo de todas las cosas, en que, sin embargo, á veces fué engañado por algunos, á quienes él encargaba la averiguacion de ellas. Trató también casi toda la materia de estudios, pues andan en manos de todos sus oraciones, sus poemas, sus cartas y sus diálogos. En la filosofía es poco exacto, pero reprehende excelentemente los vicios.

Tiene muchas é ilustres sentencias, y muchas cosas que deben leerse para el arreglo de las costumbres; pero en la elocucion, por la mayor parte, es defectuoso, y su estilo es tanto más perjudicial, cuanto abunda de vicios halagüeños; porque se desearia que él hubiera escrito por su ingenio, pero por el juicio de otro; pues si hubiera despreciado algunas cosas, si se hubiera contentado con ménos, si no se hubiera pagado tanto de sus obras, y si no hubiera disminuido la gravedad de las cosas con conceptillos, hubiera merecido más bien la aprobacion universal de los eruditos que el amor de los muchachos.

Pero con este conocimiento pueden también ya dedicarse á su lectura los que ya tienen seguridad y suficiente firmeza en el estilo grave, aunque no sea más que porque puede servir para ejercicio del discurso por una parte, y por otra, porque muchas cosas se hallan en él dignas de alabanza, como he dicho, y muchas también dignas de admiracion, con tal que se tenga cuidado en elegir; lo que ojalá hubiera él hecho. Pues aquel natural que llevó á debido efecto todo cuanto quiso, merecia que su voluntad se hubiera inclinado á mejores cosas.

II. — DE LUCIO JUNIO MODERATO COLUMELA.

(*De Agricultura*, libro III, capítulo III.)

Pero ahora el campo de Nomento es sumamente célebre en este punto; sobre todo, las haciendas que en él posee Séneca, varón de excelente ingenio y ciencia; pues es constante que cada yugada le ha dado ordinariamente ocho cúleos de vino.

III. — DE CAYO PLINIO SEGUNDO.

(Historia natural, libro xiv, capítulo iv.)

Y más nuevamente Anneo Séneca, príncipe de la erudicion y autoridad... Siendo hombre que de ninguna manera se admiraba de cosas pequeñas y vanas, de tal modo se enamoró de aquella posesion (en el campo Nomentano), que no se avergonzó de darle la palma de la mejor que habia visto jamas.

IV. — DE CAYO CORNELIO TÁCITO.

(Anales, libro xii.)

Pero Agripina, para no ser conocida sólo por indignas acciones, consigue que se alce el destierro á Anneo Séneca, y juntamente que se le conceda el cargo de pretor, cosa agradable al pueblo, por la excelencia de sus estudios, y tambien para que su hijo saliese de la niñez bajo los consejos de un tal maestro.

(Anales, libro xiii.)

Afranio Burro y Anneo Séneca habian sido puestos para regir la juventud del emperador Neron... Aunque por diferentes artes y ejercicios, ambos resplandecian en el pueblo igualmente: Burro le instruía en las cosas que tocaban al ministerio militar y á la severidad de las costumbres; Séneca, en los preceptos de la elocuencia y en una cortesía y humanidad honesta.

(Anales, libro xiii.)

Aunque esta oracion, cómpuesta por Séneca, llevase mucho adorno de palabras, conforme al ingenio apacible ó ameno que tuvo aquel varon, y acomodado al gusto de aquel siglo...

V. — DE DION CASIO.

(Historia romana, libro lxx.)

Lucio Anneo Séneca, varon superior en sabiduría á todos los romanos de su siglo y á muchos tambien de los más antiguos

VI. — DE SAN AGUSTIN.

(La Ciudad de Dios, libro vi, capítulos x y xi.)

Pero la libertad que á éste (Varron) le faltó para reprehender al descubierto, como la otra, esta teología urbana, tan parecida á la teátrica, no faltó, aunque no del todo, en alguna parte á Anneo Séneca, que por algunos indicios hallamos que floreció en tiempo de nuestros apóstoles, porque la tuvo en la pluma y faltóle en la vida; y así, en el libro que escribió contra las supersticiones, mucho más copiosamente y con más vehemencia reprehende él esta teología civil y urbana que Varron la teátrica y fabulosa; porque tratando de los simulacros, «dedican, dice, á los dioses sagrados, inmortales é inviolables, en materia vilísima é inmoble, vistiéndolos de formas de hombres, fieras y peces, y algunos los hacen de entrambos sexos y de diferentes cuerpos, llamándolos dioses; los cuales, si tomáran espíritu y vida, y de repente los encontráran, los tomáran por monstruos.» Despues, más abajo, habiendo referido los pareceres de algunos filósofos, celebrando la teología natural, opúsose á sí una duda, y dice: «Aquí exclamará alguno: ¿He de creer yo que el cielo y la tierra son dioses, y que hay unos sobre la luna, y debajo otros? ¿He de sufrir yo á Platon ó al peripatético Estraton, que el uno hizo á Dios sin cuerpo, y el otro sin alma?» Y respondiendo á esto, pues que dice: «¿Parécense más verdaderos los sueños de Tito Tacio ó los de Rómulo ó los de Tulio Hostilio? Tito Tacio dedicó á la diosa Cluacina, Rómulo á Pico Filetino, Hostilio al Pavor

y á la Amarillez, afectos pestilenciales del hombre; que el uno es movimiento ó alteracion del ánimo espantado, y el otro del cuerpo; y aún no es enfermedad, sino color, y ¿has de creer más que éstos son los dioses, y los pondrás y venerarás en el cielo?»

Pues de los mismos ritos atroces y torpes, cuán libremente escribió! «El uno, dice, se corta las partes que tiene de hombre, y el otro los morcillos de los brazos: como ó cuando temen que los dioses están airados, así quieren tenerlos propicios. Parece que de ninguna manera se deben reverenciar los dioses, si es que tambien quieren esto. Tan grande es el furor y desvario del juicio perturbado, que aplacan á los dioses de suerte, que ni aún los hombres bárbaros, traídos como argumentos de fábulas y tragedias atroces, se muestran más inhumanos y crueles que ellos.

»Los tiranos, aunque hicieron pedazos los miembros de algunos, á nadie mandaron que se los despedazase él á sí propio. Á algunos han castrado por orden de algunos príncipes; pero nadie puso en sí las manos, por mandado de algun señor, para no ser hombre... Vine al Capitolio. Vergüenza causará el describir la locura que el vano furor y desatino han tomado por oficio! Uno hace como que rinde y sujeta los dioses á Dios, otro se ocupa en avisar á Júpiter las horas, otro se muestra que es lictor... Hay algunas mujeres que fingen que á Juno y á Minerva están aderezando los cabellos, y estando, no sólo léjos del simulacro, sino del templo, mueven sus dedos como quien está componiendo y tocando á otro. Hay otras que tienen el espejo, otras que llaman á los dioses para que las favorezcan en sus pleitos. Hay quien les ofrece memoriales y les informa de su causa. Un excelente archimimo, ó autor de representantes viejos, ya decrepito, cada dia iba á representar al Capitolio, como si los dioses vieran, de buena gana al que los hombres ya habian dejado... Hay algunas mujeres, que están sentadas en el Capitolio, que se imaginan que Júpiter está enamorado de ellas, sin tener cuidado ni miedo de Juno, con ser, si quisierais creer á los poetas, una diosa colérica é iracundísima.»

Esta libertad no tuvo Varron: sólo se atrevió á reprehender la teología poética, y no se atrevió á la civil, que Séneca puso en el lodo. Con todo, si atendemos á la verdad, peores son los templos, donde se hacen estas cosas, que los teatros, en donde se fingen. Y así, en estos sacramentos de la teología civil, aconseja Séneca al sabio que no los tenga religiosamente en el corazon, sino que los finja en las obras, porque dice: «Todo lo cual guardará el sabio como cosas por ley establecidas; pero no como agradables á los dioses.» Y más adelante: «Pues qué? dice, ¿no hacemos tambien casamientos de los dioses, y aún esto no pía y legítimamente, pues casamos á hermanos con hermanas? A Belona casamos con Marte, á Vénus con Vulcano, á Salacia con Neptuno, si bien á algunos dejamos solteros, como si les hubiera faltado con quién, principalmente habiendo algunas viudas... Toda esa turba plebeya de dioses, la cual en mucho tiempo amontonó una larga supersticion, adoremos de manera, que nos persuadamos que su culto y veneracion pertenece más al uso...» Pero Séneca, á quien los filósofos, sus maestros, hicieron casi libre, como era ilustre senador del pueblo romano, reverenciaba lo que reprehendia, hacia lo que condenaba, lo que culpaba adoraba; porque, en efecto, la filosofía le habia enseñado una cosa grande, para que no fuese supersticioso en el mundo; pero él, por respeto á las leyes ántes, y por el uso y costumbre de las gentes, aunque no hiciese lo que el cómico, que finge en el teatro, imitábale en el templo, que es tanto más inconveniente y reprehensible, porque lo que hacia fingidamente, lo hacia de manera, que el pueblo pensaba que lo hacia de veras; y el cómico, de burlas y fingiendo, ántes deleita que engaña. Séneca, entre otras supersticiones de la civil teología, tambien reprehende los sacramentos de los judíos, y principalmente los sábados, diciendo que los hacen inútilmente, porque en los dias que interponen cada siete, estando ociosos, pierden casi la séptima parte de la vida, y se pierden muchas cosas, dejándolas de hacer al tiempo que debieran. Pero no se atrevió á hacer mencion de los cristianos, que ya entónces eran aborrecidísimos de los judíos, ni en bien ni en mal, ó por no alabarlos contra la antigua costumbre de su patria, ó por no reprehenderlos quizá contra su propia voluntad. Pero hablando de aquellos judíos, dice: «Y con todo eso, ha cundido tanto la costumbre y manera de vivir de esta maldita gente, que está ya recibida por todas las provincias de la tierra; y siendo ellos los vencidos, han dado leyes á los vencedores.»

VII.—DE SAN JERÓNIMO.

(Libro de los claros varones.)

Anneo Lucio Séneca, de Córdoba... fué hombre de gran continencia en el vivir, al cual yo no pusiera en el catálogo de los santos, si á ello no me movieran aquellas epístolas, que de muchos son leídas, de Paulo á Séneca, y de Séneca á Paulo (1).

VIII.—DE TERTULIANO.

(Apología contra los gentiles, capítulo xii.)

Somos en fuego vivo abrasados, y tambien nuestros dioses padecen en los hornos llamas desde la masa primera. Somos tambien condenados á las minas, y nuestros dioses de los metales tienen sus principios. Somos desterrados á las islas, y nuestros dioses en las islas nacen, en las islas mueren. Luego si por estos malos tratamientos se alcanza la deidad, serán consagraciones las injurias, y los tormentos divinidades. Más llanamente: que vuestros dioses no sienten las injurias de su afrentosa consagracion, así no estiman el servicio de vuestro vanísimo culto. Ya oigo que decís: «Oh voces impías! oh sacrilegas afrentas! Pero batid los dientes, arrojad espumas de coraje; que los mismos sois que aquellos que oyeron orar á Séneca, condenando esta supersticion; y si no le reprendieron entónces vuestros mayores, no hay para qué mirarme á mí con ira.»

IX.—DE FRANCISCO PETRARCA.

(Epístola contra Galo.)

Y con Tulio á Séneca pongo, del cual, Plutarco, gran varon y griego, juzgaba que no hubo en Grecia con quién pudiera compararlo en los asuntos de filosofia moral.

X.—DE DON ALONSO DE CARTAGENA, OBISPO DE BÚRGOS.

(En su traslacion del libro de la *Providencia de Dios*, por orden del rey don Juan II de Castilla y Leon.)

Cuán dulce es la ciencia, oh muy católico príncipe! Áun aquel lo siente que nunca aprendió. Que deleita el ver, deleita el oír, deleita á las veces los otros sentidos. Mas la otra delectacion de la ciencia, á todos sobrepuja los otros placeres... Muchas cosas hacemos contra nuestra voluntad; mas nunca nos delectamos por fuerza, y prueba cierta de bueno, es deleitarse en lo bueno; la cual reluce muy bien en vuestra virtuosa persona; que si no se delectase en las nobles doctrinas de ciencia, especialmente con aquellas que guían y fuerzan las buenas costumbres, entre tantos trabajos, y tantas y tales ocupaciones de guerra, notorias á toda Europa, y áun á gran parte de África, no se ocuparia en leer doctrinas de los antiguos. Mas el vuestro escogido ingenio y loable voluntad, vos hacen que cuanto espacio vos dan los grandes hechos que entre las manos traéis, recorrais á lectura de libros, como á un placentero y fructuoso vergel. Y aunque muchos leéis, pláceos escoger á las veces Séneca, y no sin razon; porque, como quier que muchos son los que bien hubieron hablado, pero tan cordiales amonestamientos, ni palabras que tanto hieran en el corazon, ni así traigan en menosprecio las cosas mundanas, no las vi en otro de los oradores gentiles. Y aunque á Cícero todos los latinos reconocan el principado de la elocuencia; pero más, segun el mundo, habló en muchos lugares, y no guarneció sus libros de tan expresas doctrinas, mas siguió su larga manera de escribir y solemne, como aquel que con razon llevó el principado. Mas Séneca, tan menudas y juntas puso las reglas de la virtud, con estilo elocuente, como si bordara una ropa de argentería, bien obrada de ciencia, en el muy lindo paño de la elocuencia. Por ende, no lo debemos llamar del todo orador, porque mucho es mezclado con la moral filosofia.

(1) Hoy están consideradas como apócrifas.

(En el prólogo y la introduccion del libro de Séneca, de la *Vida bienaventurada*.)

É aunque en muchos de sus libros Séneca loe la virtud y nos atraiga á menospreciar la fortuna, pero principalmente lo hace en este libro, que llama de la *Vida bienaventurada*, donde quiere tratar cuál es nuestro bien soberano. Por ende, entre otros tratados que en nuestra lengua castellana mandasteis trasladar con muy grande razon, éste es uno. Debémosle ver, oír y leer continuamente, para el fin y propósito que la introduccion que se sigue dirá... Aristóteles, y algunos otros de grande autoridad, le pusieron nombre *felicidad*, que decimos *bienaventuranza*, porque aquella es la que juntamente contiene todos los bienes. Séneca y otros muchos tomaron mezcladamente estos vocablos, que algunas veces le llaman bien soberano, y otras nuestra bienaventuranza. No se entienda qué es dón de la fortuna, qué llamamos ventura, porque ésta no sería bastante para dar tan cumplido bien. Mas pusimosle este nombre, porque no puede nuestra lengua declararlo por otra palabra mejor, y porque no entendiésemos que en los bienes de esta vida se puede este bien tan grande hallar. Quiérenos guardar Séneca, y amonestar que no muramos en este error, por muchas y diversas razones, pulidas y hermosas palabras, demostrando que en la virtud le halláremos, si bien lo buscamos. É la intencion principal de este libro es probar que esta bienaventuranza y soberano bien, que los hombres desean, está puesta en la virtud. É aunque en esto, como se debe entender, quien profundamente lo especulase habia mucho que decir, mas para nos desviar de los perversos deleites, y saber que no está nuestro bien verdadero en prosperidad alguna que la fortuna pueda dar, oigamos qué dice; que sin sospecha alguna y seguros, cuanto á este fin, le podemos oír.

XI.—DE DON FERNANDO COLON.

(Historia, en la cual se halla particular y verdadera relacion de la vida y hechos del almirante don Cristóbal Colon, su padre, capítulo vi. Version de Alfonso de Ulloa, Venecia, 1575.)

Y Séneca, en el primer libro de las *Cuestiones naturales*, juzgando nada lo que en este mundo puede saberse de lo que en la otra vida se adquiere, dice que en las postreras partes de España, hácia los indianos, en pocos dias de algun viento favorable, un bajel podria pasar. Y así podremos decir que á este propósito dijo en el coro de su tragedia *Medea*.

Venient annis sæcula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Thetisque novos detegat orbes
Nec sit terris ultima Thule.

XII.—DE MIGUEL DE MONTAIGNE.

(Ensayos, libro II, capítulo x, Burdeos, 1580.)

En estos autores (Plutarco y Séneca) se hallan opiniones útiles, y verdaderas las más. Su fortuna los hizo nacer casi en el mismo siglo, preceptores ambos de dos emperadores romanos, ambos venidos de pueblos extranjeros, ambos ricos y poderosos. Sus conocimientos son de la más pura filosofia, y expresados de un modo sencillo y oportuno. Plutarco es más uniforme y más constante; Séneca, más divagador y vario: el uno aspira á armar la virtud contra la fragilidad, el temor y los viciosos apetitos; el otro parece no dar tanta importancia á sus propósitos, y no se apresura á ponerse bajo su proteccion. Plutarco sigue las opiniones platónicas, dulces y acomodadas á la sociedad civil; el otro, á los estoicos y epicúreos, más apartados del uso comun, si bien, á mi ver, más comodas en particular y más seguras. Séneca parece doblegarse un poco á la tiranía de los emperadores de su siglo, porque tengo por cierto que es forzado su juicio al condenar la causa de los generosos matadores de César. Plutarco es en todo libre. Séneca está lleno de agudezas de ingenio y de sutiles sentencias. Plutarco, de pensamientos sólidos. Aquel os estimula más y os sorprende; éste os contenta y satisface mejor: el uno nos guía; el otro nos aconseja.

(Libro III, capítulo XII, Paris, 1588.)

La manera de escribir de Plutarco es más descuidada y fácil; al propio tiempo, en mi sentir, es más varonil y persuasiva. Yo creo que su espíritu tenía movimientos más seguros y regulares. El uno (Séneca), más agudo, nos estimula y hiere de sorpresa; el otro, más sólido, nos instruye, nos asegura y constantemente consuela. El uno arrebató nuestra razón; el otro la gana.

XIII. — DE TRAJANO BOCCALINI.

(Avisos del Parnaso, aviso LXXXIV.)

Cosa es verdaderamente digna de mucha consideración, ver los escritos del sapientísimo Anneo Séneca, llenos de preceptos tan santos, de documentos para la vida tan excelentes, que parecen obligan á que juzguemos y estimemos á su autor por hombre de purísimas costumbres y de inculpable vida.

XIV. — DE DON ESTÉBAN DE AGUILAR Y ZÚÑIGA.

(Corona de predicadores, ó Predicacion de san Estéban, Madrid, 1656.)

«De manera que ó se debe proponer el sentimiento de Platon y de Aristóteles, para creerle como de fe sin dar razón de su sentencia, ó si se da, y examinada no convence, debe seguirse el parecer que más conforme esté con la razón. De estas dos cosas, la primera tiene Séneca por indigna de filósofos y propia de farsantes, que refieren de mentira lo que pensó el poeta. Llámalos á éstos, *letrados de cartapacio*, cuyas letras no pueden adelantarse á lo que la pluma trasladó.» (Epístola xxxiii.) *Cosa de gran vergüenza es al viejo ya cerca de la muerte, no saber otra cosa sino lo que él aprende de los otros, diciendo así: «Esta palabra dijo Cenon;» y el otro dice: «Esta otra Cleante.» Pues ¿hasta cuándo serás tú debajo de los otros? Di, di alguna cosa de lo tuyo, que otros retengan.*

Es largo su discurso: ruego encarecidamente á mis lectores que lo sean un rato de Séneca en esta epístola, que yo fio que no se arrepientan. Acaba así: *Ademas de esto, aquellos que de esta manera son, siguen á los otros en algunas cosas, en las cuales aquellos á quienes ellos siguen no siguieron á otros, antes discordaron en muchas cosas, y aun los siguen en tales que se buscan y no se hallarán.* Preguntan la verdad, como Pilatos, y no quieren saberla, porque ¿cómo la han de hallar, si no la buscan? *Pues dícesme tú qué será esto? ¿No iré yo por el rastro de aquellos que fueron antes de nosotros? Digo que sí. Yo quiero que el hombre vaya por el camino antiguo, pero el que lo puede hallar mejor ó más llano, ése, y no otro, debe seguir.* Éste era buen filósofo y buscaba de veras la verdad. *Los que antes de nosotros hablaron, son nuestros guías, no nuestros señores. La verdad es abierta para todos, aun no está toda ocupada, mucho ha quedado de ella para los que están por venir.* No presume Séneca, con ser gentil y no instruido en la humildad evangélica, que agotase su ingenio la verdad, ántes confiesa que les quedó mucho por descubrir á los venideros; y piensan algunos que los santos y doctores escolásticos habian de tener esa presunción. Engaño grande, con que, pensando honrarles, les agravian.

XV. — DEL DOCTOR DON PEDRO PERALTA.

(Historia de España vindicada, Lima, 1750.)

Por este tiempo habia llegado Lucio Anneo Séneca á la cumbre del mayor honor y la mayor fortuna que hombre extranjero alguno habia poseído. Fué este grande varón gloria insigne de España. Pasó á Roma con su padre: prueba fué que dió España á esta corte de todo lo que pudiera excederla, si tuviera todo lo que imperaba. Más fué todo lo que mandó la virtud de Séneca á Roma, que todo lo que el poder de Roma mandó á España... Instruyó á Neron en todo cuanto pudiera hacerlo el mejor de los emperadores; y así, fué peor por serlo á vista de la luz de Séneca,

que por su atrocidad... Hállase designada su vida en la historia de Dion Casio, donde se describe llena de vicios y delitos, y donde se dice que no procedía como profesaba; que sus riquezas eran efecto de su codicia, y que aun el levantamiento que hizo Bunduica en la Britania, fué por las graves usuras que Séneca cobraba de sus créditos. Pero esta obra no es tan genuina de Dion, que merezca en esta parte asenso alguno, por haberla ordenado Xifilino, que quiso derramar contra aquella luz esas tinieblas; lo cual se comprueba con la grande diferencia con que habla de este filósofo el mismo Dion antecedentemente, donde dice que excedía á todos los romanos de su tiempo, y á otros muchos precedentes, en sabiduría verdadera; juicio que se confirma con el silencio en que un genio tan libre como el de Tácito pasa en Séneca semejante número de vicios, no siendo verosímil que quien no perdonaba emperadores, y eligió escribir historia de los más perversos, por el agrado con que se oye la censura, perdonase á un particular y faltase á su carácter. Y aunque refiere lo que contra él decía Publio Svilio, hombre maldiciente, es ponderando su furor. ¿Cómo es posible imaginar que aquel grande varón, discurriendo tanta virtud, obrase tanta iniquidad, que escribiese él mismo sus acusaciones y que sentenciasen su condenación? Ya se ha visto componible el decir con el no hacer; pero no el atraer y el repeler. Y en fin, decir tanto acierto y obrar tanto error es mucho deseo de mostrar el camino y despeñarse él propio. Si él mismo reprueba una agudeza ociosa y una ciencia inútil, que á ninguno hace más fuerte, más templado ni más justo, cómo habia de hacer en sí mismo, no sólo ociosa é inutil, sino avergonzada, su filosofía? Si él mismo nota que se hubiese hecho en otros la doctrina un arte de cultivar el ingenio, y no el ánimo, y la ciencia de amar la virtud, ciencia de hablar, ¿cómo quería tan cara á cara de sí mismo condenarse? El mismo dice, hablando de sí con su amigo Lucilio (*Quest. natural.*, Lib. IV, in prologo) *que habia expuesto su cuello por la fidelidad á sus amigos; que habia tenido el ánimo invicto á las dádivas, y que en la competencia en que se habia puesto la avaricia, jamas habia entregado la mano al interes.* Pues cómo podia decir esto quien fuese tan vicioso y avaro como pondera Xifilino? Poseyó riquezas, es verdad; pero fueron merced, no anhelo. Obtuvo dignidades, es cierto; pero las mereció, no las compró. En fin, ¿cómo habia de haber quedado como plausible ejemplo, si hubiese sido condenable escándalo? Cómo lo habian de celebrar tantos famosos y defenderlo tantos doctos? Lo que solamente le condena san Agustín, es lo que toca á la religion, no á las costumbres; porque en aquella obraba contra lo que escribia; pues habiendo con tan libre invectiva discurrido, hasta pasar á la irrisión, no sólo contra la teología fabulosa de los gentiles, sino contra la civil de los ritos que usaban; no sólo contra los teatros, sino contra los templos, debia no haber asistido á éstos, detestando aun el culto aparente de lo que detestaba en la verdad, pues juzgando el pueblo que creía, dañaba más, serio en la ceremonia, que si actuase fabuloso en la representación. Pero esto arguye más su virtud en lo moral; pues si hubiera tenido otros vicios, no los hubiera disimulado el santo.

Desacredita modernamente sus obras el padre Mallebranche (*De inquirenda veritate*, libro II, capítulo IV), como producciones de una grande fuerza de imaginativa, y no de una verdadera luz de entendimiento. Quiere que la hermosura y el orden de sus cláusulas le hagan todo el costo de la sublimidad, no hallando en ella más que una viveza enmascarada de razón, y una superficie revestida de profundidad; que es falso su sabio é imaginaria su filosofía. Pero sin disputar aquí sobre su estilo, habiendo procurado mi cortedad, por registrar sus proposiciones, entrarse en sus discursos, me ha parecido, ó que no hay razón en los humanos, ó no es imaginativa la que condujo á Séneca. Nadie más que él condena á los sentidos, nadie enseña mejor á desterrar las apariencias, ninguno desprecia más las vanidades, ninguno mejor conoce los errores. La independencia de la suerte, la constancia inalterable del ánimo, que atribuye el referido Mallebranche en sus principios á soberbia, á vista de la debilidad que confiesa en sí mismo san Pablo, debe entenderse, no como superioridad de poder sobre su Júpiter, sino como libertad de los acasos y como firmeza en la paciencia. ¿Quién duda que al mismo tiempo que el Apóstol se reconocía el más débil, se mostraba el más constante de los hombres? Por otra parte, el mismo Séneca está lleno de conocimientos de la debilidad humana y de la proximidad de los términos de donde se sale y adonde se llega. La diferencia, en cuanto á esto, de estoicos á cristianos, está en la gracia, esto es, en conocer que por sí no suben los mortales adonde no les da la mano el cielo. Falta era de luz, pero no es dejar de tener ojos el estar oscuro. Aquel andar á tienta era aspirar hácia el camino, á que si no podían llegar del todo, se acercaban. Los preceptos de la moral no son para por sí lograr perfectos, sino instruidos. Son hipócritas de virtud, para que queden en honestidad. Si por esta falta de luz cristiana es falso Séneca, serán falsas las leyes que los romanos pronunciaron, y condenables grandes accio-